

JOSÉ PASCUAL BUXÓ, *El enamorado de Sor Juana*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Estudios de Cultura Literaria Novohispana, 2, 1993, 234 págs.

No permitir que el olvido sepulte a las diversas personalidades de nuestra cultura es una manera de consolidar nuestra identidad como pueblo. Por ello, cualquier esfuerzo en este sentido merece atención y alabanza de parte de aquellas personas que se preocupan por preservar nuestros valores artísticos y, así, acendrar nuestra idiosincrasia nacional. Una de estas figuras es el poeta neogranadino Francisco Álvarez de Velasco Zorrilla, cuya obra, no por estar signada por algunas peculiaridades que a ojos de la crítica contemporánea resultan decididamente artificiosas o pintorescas, o por adolecer de un grado de beatería no menos escandalizante para el lector de postrimerías del siglo xx, merece ser relegada al sótano de la indiferencia, puesto que ella –como en cualquier manifestación artística de todas las épocas de nuestra extravagante historia– podemos leer no pocos de los avatares de nuestro espíritu, cuya atenta consideración nos ayudará a descrifrar las vicisitudes socioculturales de nuestra personalidad colectiva.

Puede decirse que el rescate de esta figura de nuestras letras coloniales –aparte de las sucintas menciones que de él habían hecho, respectivamente, don JOSÉ MARÍA VERGARA Y VERGARA, a mediados del siglo pasado, en su *Historia de la literatura en la Nueva Granada*, y, en 1938, don ANTONIO GÓMEZ RESTREPO, en su *Historia de la literatura colombiana*– se inicia, realmente, apenas a finales de la pasada década, con la publicación de su *Rhythmica, sacra, moral y laudatoria* (1989) por parte del Instituto Caro y Cuervo, edición preparada a lo largo de muchos años de trabajo por los consagrados investigadores don JAIME TELLO y don ERNESTO PORRAS COLLANTES. Esta aparición de su obra poética completa –de seguro esperada con impaciencia por diversos estudiosos– ha dado pie ya a la realización de un juicioso ensayo del investigador del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la Universidad Nacional Autónoma de México, e individuo de número de la Academia Mexicana de la Lengua, don JOSÉ PASCUAL BUXÓ, como uno de los especialistas reputado en literatura novohispana más importantes.

Pese a escudriñar tan solo una fracción o faceta de la obra del bardo novogranatense –la dedicada, precisamente, a la Décima Musa, a quien en endecasílabos llamó, “en alarde de ‘graciosa fraternidad hispanoamericana’ ” (pág. 11), “paisanita querida”–, *El enamorado de Sor Juana* arroja muchas y muy esclarecedoras luces sobre la cosmovisión, la personalidad, el oficio poético y la ‘prosaica’, al decir de Porras Collantes, biografía del

vate, así como sobre el *Zeitgeist* de ese momento histórico. Ello, mediante una lúcida penetración crítico-imaginativa en el siglo xvii y en sus cánones culturales, tan *disímbolos* –valga un mexicanismo– de los actuales. Bastante erudito en la materia, y respaldado por una amplia cuantía de fuentes, el autor, sin embargo, no sofoca al lector con el aparataje crítico, sino que lo lleva a pasear, a lo largo de siete amenos capítulos, por todo el panorama de las doctrinas médicas, psicológicas, esotéricas, poéticas y filosóficas de aquella época, con vistas a caracterizar el ferventísimo enamoramiento que, a distancia y sin el mínimo pábulo sensorial para su ‘imaginativa’, le sobrevino al viudo, hastiado y melancólico don Francisco, al leer, alrededor de 1700, los primeros volúmenes impresos en España con las obras de la egregia monja.

La anécdota es como sigue:

Hijo del culto jurista don Gabriel Álvarez de Velasco, oidor de la Real Audiencia del Nuevo Reino de Granada, don Francisco, desde la más temprana juventud, “ocupó [...] altos cargos en la administración del Nuevo Reino [...]: fue gobernador de la provincia de Neiva, alcalde de Santa Fe en diversas ocasiones y, ya en las postrimerías de su vida, procurador general de dicha ciudad ante la corte madrileña” (pág. 18). A los 22 años, en 1669, concertó matrimonio con la hija del contralor del Tribunal de Cuentas de Santa Fe, doña Teresa de Pastrana y Cabrera, cuya dote consolidó su herencia paterna. La evidencia parece indicar que, moralmente, este vínculo se caracterizó por un “devoto amor y [una] piedad obsesiva” que se tradujeron, a tono con la religiosidad exacerbada de la comarca y la época, en una castidad irrecusable, plausiblemente ratificada por el hecho de que la pareja no engendró descendientes. Esta opulenta, rancia y devotísima unión perduró por 25 años, hasta el fallecimiento de doña Teresa, suceso que sumió a nuestro funcionario y poeta clandestino en un abatimiento radical que lo llevó, después de rematar prácticamente todos sus bienes, de hacer “cuantiosas donaciones a la Iglesia” y de realizar cantidad de obras caritativas, a retirarse “a la intimidad de su vida privada para disponerse a bien morir”, luego de haber tomado dichas providencias para la salvación de su alma. Pero — como dice en la reseña impresa en las solapas de la obra que nos ocupa, la cual constituye un inmejorable resumen del vuelco existencial del poeta—,

repentinamente, [la] lectura [de las obras del Fénix de México, como también se apodó a Sor Juana] transformó lo que parecía ser el ejemplar y apacible fin de una languidecente existencia. Lleno de un entusiasmo rayano en lo enfermizo, escribió una *Carta laudatoria a la “Divina Nise”* (anagrama de Inés), compuesta en ovillejos [*sic*: ¿no sería más correcto decir ‘silvas’?], romances, décimas, sonetos, laberintos en forma de cruz, etcétera, y —sin saber que Sor Juana ya había muerto para aquellas

fechas-, como fiel amante neoplatónico que requiere nutrir su 'imaginativa', le solicitaba el estímulo de una respuesta que nunca llegó. Entre tanto, este enamoramiento le hizo recobrar su vitalidad: reclamó los sueldos que se la adeudaban, aceptó el cargo de procurador de su ciudad en la corte madrileña, viajó a España con los restos de la fortuna que aún conservaba y se atrajo la ruina económica empeñado en la publicación de los poemas que había escrito a lo largo de su vida.

Lo enigmático de este comportamiento es dilucidado por el autor a partir de observaciones fundamentadas, no solo en las teorías fisiopsicológicas de la época (los cuatro 'humores' circulantes, según Huarte de San Juan, por el cuerpo humano, entre ellos la *atrabilis* o *cólera adusta*, que, siquiera metafóricamente, era la que determinaba la melancolía crónica de don Francisco, al igual que su viva imaginación), contrapuestas a las consideraciones freudianas acerca de los desplazamientos narcisistas de la libido, sino también en una reveladora profundización de los efectos producidos, en las mentes de sus cultores, por los ejercicios espirituales ignacianos, con su rigurosa práctica de la 'oración visible' y de lo que podríamos denominar la autoflagelación imaginativa. De hecho, salta a la vista cómo, hasta la composición de la *Carta laudatoria*—en cuyos poemas su tono es más jovial y 'campechano'—, el pío poeta había estado ejecutando, en buena parte de su grave poesía, esta índole de 'meditación moral', cimentada en horribles 'relatos icónicos' que propendían a la purgación del alma del ejercitante, quien—según Loyola— había de mirarse a sí mismo "como una llaga y postema de donde han salido tantos pecados y tantas maldades y ponzoña turpísima".

Con una imaginación tan intensivamente adiestrada y, además, condicionada por tales rasgos temperamentales, nada tiene de peregrino que, al enamorarse *ciegamente* de su Nise, Álvarez de Velasco se volcara en fantasías mágico-cróticas o telepático-poéticas—apoyadas, a nivel racional, en las teorías acerca del *eidolon* (o la imaginación considerada también como facultad que "puede hacer que el cuerpo supere [...] las limitaciones [espacio-temporales] de su naturaleza elemental", pág. 116), expuestas por Cornelio Agripa en un célebre tratado, *De Occulta Philosophia* (1531)— y pretendiera, "auxiliado por la fuerza mágica que atribuía al proceso mismo de la escritura" (pág. 110), proyectarse desde su *Niseo* (el 'museo' o santuario consagrado por él a su 'musa' Nise) hasta el Convento de San Jerónimo, donde profesaba su adorada. Así, este "fámulo indigno del Parnaso", como se autocalificaba, llega a dirigirle, entre muchos otros, estos hermosos versos, en los que se acoge a las convenciones del *amor cortés*—originado en el erotismo de los *trouvès* provenzales de los siglos XII y XIII y transmitido de la poesía renacentista

a la del período barroco— de acuerdo con las cuales el amante es inferior a la amada, su vasallo rendido:

Paisanita querida,  
 no te piques ni alteres,  
 que también son paisanos  
 los ángeles divinos y los duendes.  
 Yo soy éste que trasgo,  
 amante inquieto siempre  
 en tu celda, invisible,  
 haciendo ruido estoy con tus papeles.  
 [...]
 Yo soy la cosa mala  
 que en los negros retretes  
 de tu convento dicen  
 las au[s]teras criadas que me sienten.

Etcétera. En esto ve don Francisco un gran atrevimiento, razón por la cual ya ha dicho:

A vos, divina Nise (¡mas qué susto!),  
 tiritando la pluma entre los dedos,  
 toda anegada en miedos,  
 descolorido el gusto,  
 amarillo el papel, la tinta roja,  
 muerta la mano y viva la congoja  
 de pensar que es a Nise (¡oh qué vergüenza!)  
 a quien quiere escribir un poeta raso.  
 ¿Yo a vos, qué ciego amor me lo dispensa?  
 ¿Yo a vos, fámulo indigno del Parnaso?

Pero su férvido amor y la necesidad de implorar respuesta de su amada, esa mujer que fue “singular timbre de su sexo”, al decir de uno de sus panegiristas españoles, lo obligaron a desplegar ante su idealizado fantasma un abanico de formas poéticas, algunas inspiradas en el tratado *Metamétrica* del obispo Juan Caramuel Lobkowitz, “que propugnaba la fragmentación, transposición y recomposición del texto como una manifestación de la infinita capacidad metamórfica de la materia prima” (pág. 134), en una suerte de poesía visual, sin jamás —eso sí— perder de vista las admoniciones del jesuita Juan Díaz de Rengifo, “que dictaminaba la ineludible función moral de la poesía” (*id.*), ya que el máximo valor de esta “reside en servir ‘ para el culto de Dios y de sus santos ’ ” (pág. 129), y de cuyos preceptos infirió el santafereño que la poesía es el “idioma que se habla en la Gloria”.

Como epílogo de esta historia, podemos relatar que, al enterarse, quizás en España, del prematuro fallecimiento de su adorada Nise, Álvarez

de Velasco “cayó entonces en el último y más severo de sus ataques de melancolía” (pág. 151). Cuando se recuperó de él, escribió unas especiosas décimas de resignación, cuyo tono sereno hace presumir que el vate comprendió la naturaleza de su delirio neoplatónico, y cuyo título da cuenta del proceso psicológico que se operó en él: “Amante que con la acelerada muerte de Nise restaura la razón que le tenía usurpada la tiranía del amor”. Podemos suponer, entonces, que una piadosa conformidad con su destino, imbuída de rezagos órfico-pitagóricos en lo referente a la posibilidad de la transmigración del espíritu de su amada a su propio cuerpo, lo acompañó, ahora sí, hasta la muerte:

Por esto, verdad aquí  
podía ser el transmigrarse  
las almas, pues a pasarse  
llega hoy la de Nise en mí;  
pues si antes mi frenesí  
tenía a mi alma en su ilusión  
sin alma, ya hoy, sin pasión,  
la que falta a Nise bella  
se viene espirada della  
a ser alma en mi razón.

Entiérrense, pues, ya vivos  
hoy con Nise mis errores,  
como hacían con sus señores  
esclavos menos captivos;  
y sirva a los compasivos  
de epitafio este clamor:  
yacen cubiertos de horror,  
para serlo a los difuntos,  
en este sepulcro juntos  
la hermosura y el amor.

Es, pues, un interesantísimo y sustancioso estudio, este de don José Pascual Buxó sobre la etérea relación de dos poetas criollos del barroco hispanoamericano, y constituye —como está expresado en la contrasolapa de su libro— “una paradigmática y valiosa aportación para comprender nuestra literatura del período colonial”.

ROBERTO PINZÓN-GALINDO

Instituto Caro y Cuervo.